

Un poco de racionalidad, por fa...

JAVIER E. ARMENTIA

Tanto tiempo de andar discutiendo con lo más granado de la tontería patria –sean videntes, contactados, abducidos, astrólogos, sanadores y demás variopintos personajes de la corte de los milagros televisiva– no puede ser bueno. Me lo decía un amigo que de esas cosas sabe mucho (atiende un quiosco de prensa): “Tío, que al final tú pareces uno de esos, ¡como el padre Apeles!”, añadía sabiendo lo que me duelen esas comparaciones. “¿No queréis que se note la diferencia entre esos charlatanes y los científicos? Pues no vayáis, no juguéis a su juego. Así, os ponéis a su nivel, pues da la sensación de que ambas cosas son igualmente respetables...”

Lo sé, pero sé también que con escépticos o sin ellos ese tipo de televisión iba a seguir igual, porque, querámoslo o no, lo paranormal, en su versión más chusca e impresentable, sigue vendiendo. Si para algún día, no será por otros parámetros que los que hicieron que apareciera: el *share*, la popularidad inmediata de cara a los ingresos publicitarios. Y sé también que cuando no hay escépticos la cosa es aún peor: aparecen los mismos charlatanes o iluminados; pero, además, campan a sus anchas los vendedores de misterios, aprovechados que viven y gozan de su pequeña cuota de fama gracias a estos temas. Cuando no hay quien aporte una duda racional, esos pseudoinvestigadores aparecen como si fueran serios. Por el contrario, en los casos en que hay un escéptico, los bandos quedan bien delimitados: de un lado, la feria de lo paranormal, en todas sus versiones, de la patológica a la aprovechada; del otro... Bueno, del otro se hace lo que se puede, entre otras cosas ironizar o echar una carcajada, porque el idioma de los medios es hostil al discurso racional, bien elaborado, más denso que las afirmaciones sorprendentes.

Debemos seguir intentándolo. De la misma manera que hemos de intentar que no sólo se considere necesaria la presencia racionalista en esos debates, sino también empezar a levantar la voz en otros asuntos más serios, donde la irracionalidad se manifiesta camuflada bajo ideologías (o teologías). En ARP, debemos darnos cuenta de que el

auge irracionalista no sólo está en la *telebasura* paranormal, sino en la cosa pública, como cuando se nos venden racismos o xenofobias (o antropofobias) agitando diversas banderas; o cuando se quieren paralizar conquistas sociales o de libertad bajo la excusa de mayorías religiosas; o cuando la preocupación por el medio ambiente se convierte en ecolatría, en mística que impide un desarrollo sostenible, por cuanto aboga por la involución. Apostar por el pensamiento crítico, por la razón, por la ciencia, supone también mojarse en muchas aguas cenagosas. Y es cierto que, con tanto iluminado donante intergaláctico de esperma, a veces corremos el peligro de no darnos cuenta de dónde está lo importante.

El panorama actual de los medios resulta un tanto engañoso: por su brillo despunta como siempre la televisión con sus *teledebates* o el éxito de los *ordinary-people-shows*, éstos debates sin estrellas, pero con la vecina del cuarto aireando sus problemas maritales. Se trata de una dinámica en la que la radio también parece haberse ido sumergiendo, quizá por la banalización de la *tertulia radiofónica* impulsada en muchos casos por intereses empresariales/ideológicos. Así que la opinión parece estar encarcelada en espacios cedidos por la prensa escrita, lo que limita no solamente su alcance público en un país con escaso número de lectores de periódicos, sino también su trascendencia. Ello ha propiciado, posiblemente, una polarización de los temas que se abordan: por un lado, de primera magnitud,

Apostar por el pensamiento crítico, por la razón, por la ciencia, supone también mojarse en muchas aguas cenagosas

esto es, política y economía; por otro, la anécdota, la excusa de la otra cara de la noticia curiosa o chusca que da

pie a reflexiones del opinador... En cualquier caso, son los pocos espacios en donde se puede encontrar una crítica o un razonamiento a lo que se nos da desde el resto de los medios. Pequeñas –y escasas– islas con mensaje en el continuo informativo y de ocio que nos inunda, y que a veces uno tiende a ver como algo especialmente diseñado para hacernos casi imposible la reflexión.

Sin embargo, con la creciente implantación de la cibercultura, la opinión adquiere nuevos espacios: listas de correo o de noticias, foros de discusión. Aunque sea un fugaz fenómeno que podría desaparecer cuando las empresas de (tele)comunicación se hagan con el dominio de las redes, tiene un potencial muy interesante para el pensamiento crítico. ¿Sería posible empezar a tomar al asalto estos nuevos mundos con mensajes racionales? Pese a que han sido precisamente los abanderados del *pensamiento blando*, lo que se ha dado en llamar el *tecnopaganismo de la nueva era*, quienes primero han copado este mundo, quizá sea posible introducir en esa dinámica también un poco de racionalidad, por fa...